

El rumor y el chisme como narrativas subalternas de la tradición oral en *Hotel Bellavista y otros cuentos del mar*, de Pedro Badrán Padauí

Luis Vidal Sierra¹

Hotel *Bellavista y otros cuentos del mar* (2002) es, a nuestro juicio, el volumen mejor logrado del escritor Pedro Badrán Padauí y uno de los más representativos de la narrativa breve del Caribe colombiano. Consta de seis textos: “La misteriosa desaparición de Yadira Valverde”, “Hotel Bellavista”, “La magia del Joe Domínguez”, “Maribel Delgado quiere casarse con un extranjero”, “Ensayo de orquesta” y “Paisaje colombiano”, los cuales, si bien pueden leerse de forma independiente, alcanzan una dimensión aún más significativa cuando se

estudia el engranaje poético que conforman. Por ello, en el presente ensayo se ofrecerá una lectura global de los cuentos, cuyo fin es mostrar la manera en que prácticas orales como los rumores y los chismes —tipificadas como *non sanctas* por parte de las élites sociales—, se convierten, para una comunidad periférica, en un mecanismo de defensa y conservación tanto de su tradición oral y como del lugar donde esta se desarrolla.

Hotel Bellavista: espacio de rito y tradición oral

Empezaremos por decir que las primeras cuatro piezas del libro, unidas por medio de referencias autotextuales, nos cuentan cómo la puesta

1. Licenciado en Humanidades y Lengua Castellana y magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe. E-mail: prof.luisvidal@gmail.com

en marcha de un proyecto urbanístico —la ampliación de la avenida Santander— amenaza con destruir todos los hoteles que se encuentran cerca de las playas de Marbella (uno de los barrios de mayor movimiento turístico en la Cartagena de los años setenta), lo cual implica también la demolición del Bellavista, centro de crucial importancia dentro de la comunidad por ser el eje de la producción cultural de sus habitantes.

El Hotel Bellavista, ciertamente, cumple una función análoga a la de esos solares de las ciudades-puerto del Caribe denominados *yards*, que sirven de escenario para múltiples actividades de tipo oral, musical, artesanal, culinario o lúdico (Benítez Rojo, 1998, p. 252). En los diversos cuentos de la colección podemos observar que es el espacio predilecto para reunirse a jugar ajedrez, hablar de boxeo y béisbol, bailar y cantar boleros y guarachas, y para celebrar los eventos sociales de mayor importancia. Pero lo que más llama la atención es que el Hotel Bellavista resulta una especie de plaza para espontáneos narradores. Con frecuencia se hace alusión directa al “Hotel” o sus inmediaciones como punto de encuentro entre los jóvenes para llevar a cabo lo que parece ser un hábito antiguo: narrar y escuchar las clásicas historias que pertenecen al barrio:

En el Hotel Bellavista contaban la misteriosa historia de Yadira Valverde y los turistas que llegaban tarde al relato creían que se trataba de una adolescente fugada de casa. Pero luego se desconcertaban ante la periódica serie de inexplicables apariciones, y mucho más cuando un improvisado narrador les espetaba que Yadira Valverde había muerto en un accidente de aviación siete años atrás. (2002, p. 13-14)

Durante esta práctica, la visión que los habitantes de Marbella tienen de la vieja hostería rebasa la condición de lugar de reposo o trabajo, y pasa a alcanzar una dimensión sacra en tanto santuario de la cultura vernácula. Esta dimensión, a su vez, se refuerza con el carácter ritual que cobra

al realizarse todos viernes o los sábados, en la noche y a la luz de una fogata. Además de indicar periodicidad, el hecho de que estas ceremonias de la palabra se celebren los viernes y sábados, les confiere ritualidad a los encuentros, ya que ambos son días cabalísticos (Sholem, 1985, p. 155). En “La misteriosa desaparición de Yadira Valverde”, por ejemplo, es llamativo que se mencionen estos encuentros referenciándolos como tradición y espacio de prácticas sagradas y rituales, a los cuales es un *deber* asistir en algún momento de la juventud: “Al igual que sus amigas, creció entre el mar y el malecón, y en la adolescencia había *cumplido* también con el *ritual* de las fogatas nocturnas en las playas cercanas al Hotel” (p. 15). En las posrimerías del mismo relato, nuevamente se hace referencia a las fogatas: “Con el correr del tiempo, los nuevos muchachos que han heredado las fogatas del Hotel Bellavista cuentan a los viajeros una historia distinta a veces salpicada de ingredientes esotéricos” (2002, p. 33-34).

Solo al percibir la trascendencia del lugar es posible comprender entonces que la destrucción del Bellavista signifique la aniquilación de un espacio que los mantiene unidos y los articula como comunidad. De ahí que su futuro sea materia de constante preocupación por parte de sus asiduos moradores: “A todos nos importa. Por eso estamos preocupados [...]. Yo me pregunto qué va a ser de nosotros ahora que empiecen a tumbar el Hotel” (2002, p. 40). En este sentido, también sea conveniente mostrar que el narrador acentúa la crisis, es decir, la agonía de la interacción oral, mediante la antítesis de la misma: el silencio y/o la incomunicación: “Desde que le dijeron que iban a ampliar la avenida, [Don Enrique] ya casi no habla con ninguno” (p. 36), “la radio no suena” (p. 37), “no podemos cantar canciones” (p. 37), “don Enrique ha pasado por nuestro lado sin decirnos una palabra” (p. 39), “Silvia no dice nada pero ella está muy triste desde que supo la noticia” (p. 40).

La oralidad, pues, configura la cotidianidad del Bellavista y las historias representativas del

barrio son siempre las mismas, por lo cual sus pobladores no tienen mayores problemas en improvisar una de las tantas versiones que conocen, la más actualizada o quizá una propia. Al respecto, Pacheco expone que una de las características de la “cultura oral tradicional es su tendencia hacia una actitud más bien conservadora que innovativa” (1992, p. 41). Dado que para los narradores orales lo que prima es el nivel de recepción que logre en el auditorio, su atención se enfocará más en la interpretación que en la invención de nuevas historias. Postulado que corrobora Ong, para quien la originalidad de los narradores orales no radica en inventar historias nuevas, sino en lograr reciprocidad con su público, pues debe buscarse su respuesta de forma permanente, incorporando más bien elementos nuevos en historias viejas (Ong, 2006, p. 48).

El rumor y el chisme o los testimonios de la subalternidad

Ahora podemos mirar de cerca los tipos de testimonio que, de manera particular, operan en la tradición oral de Marbella y circulan en el *yard* del Bellavista: el rumor y el chisme. La función básica que cumplen estas dos prácticas conlleva un carácter principalmente lúdico: consiste en entretener, en captar la atención y, en algunos casos, en persuadir. Mas el éxito que un narrador obtenga a nivel individual repercute, al tiempo, a nivel colectivo, ya que favorece la estrechez de lazos de amistad o afectividad entre los miembros de la comunidad. Como aclaran Guerin y Miyazaki, la función primaria de decir rumores y chismes radica en “entretener y mantener la atención del escucha, aumentando de esta forma la solidaridad del grupo o de la red social que permite el acceso a los distintos y variados recursos que obtenemos a través de nuestras relaciones sociales” (2003, p. 257). En la misma línea, afirma Ortegón que los chismes y los rumores se pueden trabajar como construcciones de mensajes que parten de hechos observables, pero que son “moldeados por la activación y apelación a los valores, estereotipos, interpretaciones y otros recursos culturales de los que se valen los individuos para adelantar

e integrar sus intereses y para el alcance de sus metas (2002, p. 73).

Cada vez que un miembro de Marbella aporta un nuevo testimonio (basado en una especulación o creencia), este se extiende como rumor o chisme, con los consabidos tintes personales, y coadyuva a configurar un discurso ficcional que se muestra como creación colectiva. En pocas palabras, el rumor y el chisme son los eslabones que generan y conservan la tradición. Con relación a los rumores, Vansina explica que, a pesar de no pertenecer directamente a la tradición oral, debido a que esta última alude a hechos del pasado y los rumores implican informaciones “de la más ardiente actualidad”, ellos perfectamente “pueden ser retenidos en la memoria de la gente y más tarde, cuando son testimonios del pasado, dar nacimiento a tradiciones orales” (1967, p. 34). En el caso de los chismes, dado que poseen el mismo o quizás mayor grado de novedad, se infiere que entrañan la misma consideración, aunque el antropólogo obvie referirse a ellos en propiedad. En *Hotel Bellavista y otros cuentos del mar*, a nivel individual, ambas formas de testimonio operan como novedades que remozan la narración original, cargándola de interés, de misterio o de humor, y esto efectivamente las hace más atractivas para cualquier auditorio, al tiempo que le confiere prestigio al narrador. Además, a nivel colectivo cobran mayor importancia en tanto favorecen la unidad de grupo y vehiculan una serie de ataques contra quienes amenazan o rechazan la tradición oral que se gesta en Marbella y circula en el *yard* del Hotel Bellavista.

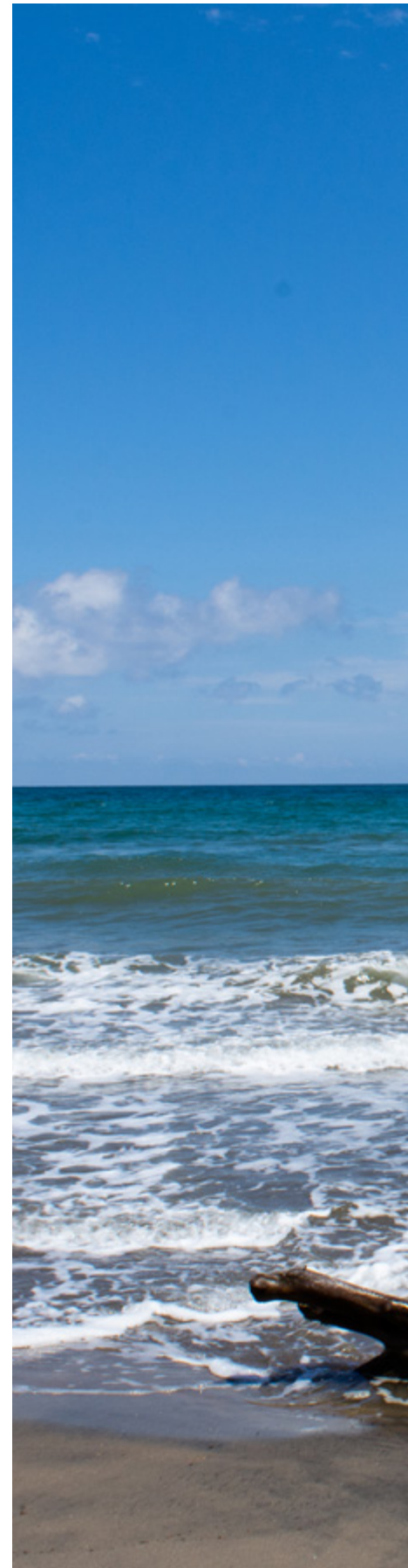
Observar el rumor y el chisme en términos de solidaridad grupal implica repensar las nociones negativas que las élites han impuesto sobre estas prácticas, aún más con respecto al chisme, “one of our most popular social activities since privacy was invented” (Collins, 1998, p. 6). Es sabido que no todos los chismes surgen con la intención de dañar a alguien, y que “incluso pueden tener fines altruistas, como proteger un orden institucional de ataques externos o salvar obstáculos no

relacionados con actores de carne y hueso para conseguir un bien colectivo” (Ortegón, 2002, p. 73-74); sin embargo, como lo sugiere Pietrosevoli, el chisme se ha satanizado por las consecuencias que puede acarrear y muy poco se consideran las virtudes que pueda tener. Muestra de ello, acota la investigadora venezolana, es que en la bibliografía sobre el chisme se registra un desbalance en torno a sus apreciaciones: aunque hay un buen número de teóricos que lo reconocen “como una práctica social que se disfruta, que relaja y que permite la construcción de vínculos”, la gran mayoría tiende a tipificarlo como una “conversación negativa y maliciosa”, sobre todo dentro de sus concepciones hispanas (2009, p. 59).

La intención negativa y maliciosa, para los detractores, residiría en el hecho de que su práctica supone hablar en ausencia del sujeto implicado. El chisme, de hecho, también se suele entender como “una conversación evaluativa entre personas que tienen familiaridad entre sí, y sobre asuntos que conciernen a una tercera persona que no está presente” (Pietrosevoli, 2009, p. 59), acto que se condena socialmente al ser considerado un comportamiento cobarde y/o falta de ética; primero, porque se da por sentado que todo ejercicio del chisme pretende exponer la vida privada de esa tercera persona con comentarios degradantes o injuriosos; y segundo, porque quien relata un chisme, usualmente no lo hace asumiendo la autoría y la responsabilidad de lo dicho, sino como continuación de un discurso empezado por otros, escuchado “por ahí”. En esta dinámica, la mayoría de las veces se adoptan formas impersonales (“dicen”, “se comenta”, “se rumora”, entre otras) que aunque ponen bajo sospecha la veracidad de la narración, salvaguardan la integridad de quien la actualiza, en caso de que la persona ausente aparezca y desmienta lo aseverado (Guerin y Miyazaki, 2003). Coincidiendo con ello, Searle ha señalado:

El chisme es un discurso cuyos contenidos son siempre sospechosos de su veracidad. No es la voz de un miembro de la comunidad que sostiene su firma en cada nueva situación de enunciación y, en este sentido, es anónimo porque no puede atribuirse a un enunciador originario [...]. Pero es, a la vez, colectivo, ya que va sumando voces de la comunidad en una dinámica de circulación que, justamente, no garantiza que se conserve la “veracidad” ya que esta no es posible contrastar. (Citado por Fasano et al., 2009, p. 70-71)

Pero no siempre es así. Como advierte Zires (1999, p. 28), en ocasiones la verosimilitud parece centrarse precisamente en el mecanismo contrario y, como veremos en ejemplos tomados del libro analizado, el hablante puede situarse en un centro imaginario o en el origen de la información al



Que hable el oleaje.
Fuente: Linda Aragón



emplear frases del tipo “yo lo vi con mis propios ojos” para darle mayor credibilidad al discurso, siempre y cuando no le represente peligro alguno. La cuestión de la verosimilitud, finalmente, trasciende en la medida en que, para algunos teóricos, puede ayudar a discernir los linderos del rumor y el chisme.

Lo clave aquí, sin embargo, es observar que todos los juicios satanizantes en torno al rumor y el chisme van perdiendo peso a medida que estas prácticas se comienzan a mirar como narrativas de la subalternidad. Collins, por ejemplo, afirma que contar rumores o chismes “was one of the few weapons available to the powerless”, y dispone algunos ejemplos de muestra: “Servants who spread stories about their masters; peasants who irreverently speculated about the most private aspects of life in the manor” (1998, p. 7), entre otros. Son estas circunstancias las que ayudan a advertir la otra cara de la moneda: no todas las veces hablar en ausencia de un sujeto representa un acto de cobardía. No se puede juzgar a alguien por no subvertir directamente, sino a través de una ironía o comentario burlesco, la hegemonía de un sujeto (o entidad) que ostenta el poder sustentado en un mayor capital social, económico o simbólico. Los ataques de los representantes de la clase subalterna, por estrategia, deben hacerse efectivos bajo medios impersonales, anónimos, como los que adquieren viabilidad en los rumores y los chismes.

En *Hotel Bellavista y otros cuentos del mar*, los relatos actúan al tiempo como mecanismos de defensa y como ataques no frontales hacia los diversos agentes que, de una u otra manera, amenazan o rechazan la cultura y la identidad de los habitantes de Marbella y su *yard*. En este sentido es que circulan comentarios “malsanos” en contra de la aristocracia criolla, de los extranjeros, de los medios impresos, o en contra de los jóvenes del barrio que han sucumbido al encanto de las metrópolis nacionales y extranjeras. En el primer caso, por ejemplo, el prestigio de María Clara Fuentes Navarro y su familia, representantes de

esa clase alta cartagenera racista y excluyente, es degradado a través de rumores burlescos sobre el verdadero estado de sus finanzas: “Las malas lenguas decían que la familia Fuentes Navarro estaba quebrada y debía catorce meses al Club Cartagenera. El Joe iba a pagarlas de contado con un cheque de caja menor, según sus propias palabras” (2002, p. 61). El testimonio, cargado con un fuerte tinte humorístico, permite realizar dos lecturas. Por una parte, expone en forma de hipérbole un cambio de extremos: el personaje discriminado es precisamente quien costeará, con migajas de su fortuna, la deuda de una de las familias más prestantes de la ciudad. Pero más allá, pretende dar cuenta de la hipocresía y del grado de rebajamiento al que llegan ciertos miembros de la aristocracia, quienes echan de lado sus prejuicios y se venden al mejor postor, así este no pertenezca a su misma estirpe, con tal de conservar las apariencias y su estatus socioeconómico.

Valga hacer notar, a modo de paréntesis, que la violencia ejercida sobre los habitantes de Marbella es simbólica y no física (pues los están desplazando de su territorio y su centro cultural pero no a la fuerza, en apariencia); la respuesta que ofrecen como defensa de sus valores auténticos también es simbólica y ética. En la mayoría de los casos, los chismes y los rumores van cargados con tintes de ironía o sátira, buscando atacar no tanto al individuo ausente sino a lo que este representa. García Canclini ha indicado, a propósito, que los ataques simbólicos y paródicos se han convertido en una alternativa de transgresión contra el poder hegemónico o político cuando no son posibles u oportunas algunas vías de hecho. En sus palabras:

Cuando no logramos cambiar al gobernante, lo satirizamos en las danzas del carnaval, en el humor periodístico, en los *graffiti*. Ante la imposibilidad de construir un orden distinto, erigimos en los mitos, la literatura y las historietas desafíos enmascarados. La lucha entre clases o etnias es, la mayor parte de los días, una lucha metafórica. (2001, p. 317)

El narrador, por ejemplo, como testimonio último de lo que él mismo designa “las malas lenguas”, aporta su cuota alimentando de manera ponzoñosa algunos estereotipos acerca de los turistas europeos, en aras de rebajar la imagen viril de estos y de paso, subvertir su poder. En este caso, el territorio de la sexualidad se torna en campo de batalla. En “Maribel Delgado quiere casarse con un extranjero”, la preferencia de la muchacha por los franceses e italianos, a quienes ella idealiza como maridos perfectos por considerarlos tiernos y educados en contraste con los costeños, se pretende trastornar trayendo a colación la fama de bien dotados y buenos amantes que tienen los sujetos del Caribe (sobre todo negros o mulatos), en comparación con una supuesta frigidez o limitación sexual de los inmigrantes del viejo continente:

Y nosotros entonces, bien dañados, replicábamos que quizás había tenido mala suerte, que tal vez no te habían dado por donde es, Maribel, y William prometía darle lo que ella necesitaba, porque los europeos lo tenían bien chiquito y a muchos ni siquiera se les paraba. (p. 43)

La estrategia empleada no es gratuita. El falo, como símbolo de dominación masculina y de hegemonía occidental, usualmente es objeto de deconstrucción como una manera de subvertir el significado de poder que ostenta. Para el caso de los pueblos del Caribe, la burla hacia el símbolo fálico es altamente significativa en la medida en que los procesos de colonización en América y sus islas han sido asociados, precisamente, con el acto de penetración sobre sus territorios vírgenes. Baste recordar a Benítez Rojo cuando afirma que el “Atlántico es hoy el Atlántico porque alguna vez fue producto de la cópula de Europa —ese insaciable toro solar— con las costas del Caribe (...); [y] porque Europa, en su laboratorio mercantilista, concibió el proyecto de inseminar la matriz caribeña con la sangre de África” (1998, p. 19).

Otra estrategia simbólica de defensa mediada por el rumor y el chisme consiste en configurar un discurso que pretende desmontar la verdad que se erige como oficial a través de los medios impresos. Conviene observar, por ejemplo, que todas las versiones emitidas por los periódicos con relación a uno de los miembros de la comunidad nunca son aceptadas en su totalidad por los pobladores del barrio, quienes tienden a reinventarlas y tergiversarlas mediante rumores:

Pero su muerte apareció reseñada en las primeras páginas de los periódicos y a pesar de que era previsible resultó confusa [...]. Hay quienes dicen que en el ataúd del Mágico Joe Domínguez solo había un montón de piedras, que toda su muerte fue un montaje para burlar a las autoridades y a la misma DEA. Hay otros que dicen que el Mágico Joe se hizo una cirugía y anda tranquilo en Panamá con un nombre cambiado. (2002, p. 68-69)

Existe un afán, visible, por rebatir lo que dice la prensa, esto es: burlar la verdad oficial transmitida a través de la escritura. Los testimonios en forma de chismes y rumores, al tiempo que defienden el estatus de medio informativo que guardan dentro de la comunidad, minan la credibilidad de la noticia escrita, poniéndola en tela de juicio. Sumado a esto, los testigos siempre quieren mostrarse depositarios de la verdad y para lograrlo se valen de unos marcadores discursivos que pretenden expresar autoridad y verosimilitud, en una especie de competencia por refutar una versión anterior: “(...) y *afirmaban* que *en realidad* el Mágico Joe había viajado a Los Ángeles para someterse a un tratamiento blanqueador (2002, p. 60); “El Joe iba a pagarlas de contado con un cheque de caja menor, *según sus propias palabras*” (2002, p. 61, énfasis agregado).

Ahora bien, los comentarios más corrosivos se van lanza en ristre contra aquellos jóvenes del barrio que, de algún modo avergonzados por su condición social y racial, decidieron emigrar del país para probar mejor fortuna lejos de los suyos.

Esta decisión, naturalmente, los ubica en un bando contrario. Todo lo que se diga sobre ellos tiene el éxito garantizado en tanto que entre mayor sea el conocimiento que narrador y oyente tengan de la persona ausente, más interesante será la conversación, sobre todo cuando dicha persona se considera enemiga de una de las partes o de ambas. Como aseveran Guerin y Miyasaki: “Los hablantes pueden utilizar también el conflicto intergrupal con el fin de hacer que el escucha atienda mejor y por un tiempo mayor si los conocidos comunes que se presentan se encuentran en un grupo rival” (2003, p. 265), como es el caso, en la comunidad de Marbella, de Yadira Valverde, Maribel Delgado y el Mágico Joe Domínguez. Las narraciones urbanas y autóctonas que tienen a estos personajes como protagonistas, cabe aclarar, se articulan a partir de testimonios que también los sojuzgan, pero no por ejercer algún poder hegemónico sino por haber abandonado a los suyos y por rechazar su identidad. Es decir, lo que se cuestiona es el comportamiento asumido y no su jerarquía sociocultural; en este sentido, el relato de rumores y chismes tampoco puede ser catalogado como falta de ética, puesto que, como veremos a continuación, lo que se pretende con ellos es salvaguardar el respeto por los elementos vernáculos y por la propia condición social y racial, aunque los métodos de control corran el riesgo de ser cuestionables. Al Mágico Joe, por ejemplo, le cobran con creces los visibles gestos de vergüenza que asume ante su condición de negro y pobre, después de haber sido víctima de discriminación por parte de la mujer que deseaba. En efecto, el humilde mago no solo intentará restarle melanina a su piel con la frase “yo no soy tan negro, yo soy moreno” (2002, p. 58), sino que además buscará *blanquearse* a través de la adquisición de poder económico en tierras norteamericanas. En este caso, los rumores y los chismes se sobrecargan de humor e ironía para burlarse de los anhelos de ser blanco que empiezan a forjarse en su interior:

En el barrio, sin embargo, comenzaron a murmurar con maledicencia y afirmaban que en realidad

el Mágico Joe había viajado a Los Ángeles para someterse a un tratamiento blanqueador y que de esa ciudad viajaría a Alemania para conseguir unos lentes de contacto de color verde que no se conseguían en ninguna óptica de Cartagena. (2002, p. 60)

A las mujeres, peor aún, no les perdonan que entablen relaciones sentimentales con hombres que no son de la región, máxime cuando estos exhiben un amplio capital que sitúa a los nativos en una escala social inferior. Cada vez que ellas salen con forasteros adinerados, empiezan a ser objeto de difamación. Maribel Delgado, por su expresa preferencia por los extranjeros, carga consigo una “fama de coya” entre los miembros de barrio, mientras que las hermanas Valverde empiezan a labrar la misma mala reputación cuando comienzan a salir con sujetos del interior que se movilizan en un lujoso automóvil:

Con toda la maledicencia del caso, los muchachos del Hotel aseguraron que Yadira Valverde había pelado el cobre definitivamente al sucumbir al encanto de la máquina roja y larga [...]. Desde la playa, en las noches de fiesta y fogatas, los muchachos veían pasar, como en un cuento de hadas, la carroza descapotada y roja que en su interior llevaba dos cenicientas de barrio. Por eso algunos se atrevieron a decir: las Valverde se metieron a coyas. (2002, p. 17-18)

Obsérvese que en casi todas las citas aparecen expresiones como “las malas lenguas” o “maledicencia”, las cuales reconocen que la acción perpetrada —contar algo que es falso o que no está confirmado— es condenatoria a la luz de lo que designan, por ejemplo, las normas religiosas (“No levantarás falso testimonio”, *Éxodo*, 20: 16), por lo que murmurar o chismear sobre alguien resulta a todas luces un “atrevimiento”. Pero se entiende que el acto transgresor, cuando va dirigido contra un miembro del barrio que ha violado la institucionalidad y valores que rigen la comunidad, se considera más bien heroico en la medida en que se trata de salvaguardar las costumbres y los

códigos de comportamiento que operan dentro de la misma. Al respecto, afirma Ortigón desde la perspectiva antropológica:

La Antropología ha otorgado especial importancia al rumor y al chisme como una forma de mantener la unidad de grupos, y de expresar y afirmar normas sociales. Mediante el rumor se puede sancionar a los disidentes dentro del grupo; de manera que el rumor opere como un cohesionador y una forma de control social. (2002, p. 69)

A modo de conclusión, en este punto podemos ensamblar las dos partes de nuestro trabajo. Por un lado, la amenaza de desplazamiento que implica la ampliación de la avenida Santander, trae como consecuencia que la comunidad de Marbella se vea escindida. Mientras unos se quedan y asumen con preocupación la puesta en marcha del proyecto urbanístico, porque significa la desaparición del Hotel Bellavista, cenáculo de su producción cultural y oral, otros deciden marcharse y renegar de sus valores. Por otro, podemos decir que los primeros ejercen unos mecanismos de resistencia que, de manera simbólica, actúan contra los agentes que se ubican en bandos contrarios. Los mecanismos empleados parten de la misma tradición oral que defienden y sus componentes primarios son los rumores y los chismes; dos prácticas que, aunque tipificadas como peligrosas, ofician como narrativas de resistencia cuando quienes las ejercen se hallan en condición de subalternidad. De este modo, los estudiados “cuentos del mar” establecen un discurso que se burla de la aristocracia local, de la prensa, de los extranjeros y, por último, de aquellos cohabitantes que, enajenados, denigran de su cultura y su tierra o se avergüenzan de su color de piel, presas de la asimilación de modelos idealizados de ciudad, país o procedencia étnica. Al final de las historias que protagonizan, implícitamente, hay una moraleja común que apunta a enseñar las consecuencias negativas que acarrea tomar distancia del Hotel Bellavista, el santuario de la

tradición oral. Y ello, es obvio, afianza en un doble sentido la unidad de grupo: por un lado, se conserva la tradición oral que se teje sobre sus vidas; y por otro, se pretende infundir un terror que hará que los demás habitantes del barrio, los asiduos oyentes, lo piensen dos veces antes de rechazar la raza, la tierra y la identidad cultural enraizada en las prácticas orales.

Referencias

- Badrán, P. (2002). *Hotel Bellavista y otros cuentos del mar*. Norma.
- Benítez Rojo, A. (1998). *La isla que se repite*. Casiopea.
- Collins, G. (1998). *Scorpion tongues. Gossip, Celebrity, and American politics [Lenguas de escorpión: chisme, celebridades y política estadounidense]*. William Morrow.
- Fasano, P.; Ruiu, A.; Giménez, J. M.; Ramírez, A.; Aymá, A. y Savulski, N. (2009). El sentido del chisme en una comunidad de pobres urbanos. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, 20(39), 49-85. .
- García Canclini, N. (2001). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Paidós.
- Guerin, B. y Miyazaki, Y. (2003). Rumores, chisme y leyendas urbanas: una teoría de contingencia social. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 3(35), 257-272. <http://www.redalyc.org/pdf/805/80535302.pdf>.
- Ong, W. (2006). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ortigón, T. (2002). Enredos, chismes y camarillas. *Maguaré*, 15(16), 67-79. <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/10514/10991>.
- Pacheco, C. (1992). *La comarca oral*. La Casa de Bello.
- Pietrosemoli, L. (2009). El chisme y su función en la conversación. *Lengua y Habla*, 13, 55- 69. <https://www.redalyc.org/pdf/5119/511951369005.pdf>
- Sholem, G. (1985). *La cábala y su simbolismo*. Siglo XXI.
- Vansina, J. (1967). *La tradición oral*. Labor.
- Zires, M. (1994). Las dimensiones del rumor: oral, colectiva y anónima. En *PORCALC, Portal de la Cultura de América Latina y el Caribe*, 23-29. <http://www.lacult.unesco.org/docc/oralidad0823-29-las-dimensiones-del-rumor.pdf> ■■■